

¿QUÉ ESPERAMOS DEL MESÍAS?

Marcos 1,1-8¹
(Pedro Zamora)

El título

El Evangelio de Marcos no se anda por las ramas, pues ya en la primera línea establece la grandeza del asunto que va a tratar, a saber:

Principio = Origen / Fundamento

Evangelio de Jesucristo,

Hijo de Dios = Buena noticia de liberación efectuada por Jesús el Mesías, que es un ser divino.

El prólogo

Y acorde a la grandeza del título, el prólogo cita una porción del Antiguo Testamento relativa a la promesa del advenimiento del Señor sobre la tierra. Tal advenimiento no podía ser otra cosa que la quiebra definitiva de toda cadena de esclavitud, ya fuera socio-económica, política, moral o espiritual.

El heraldo

Tras los preámbulos del título y el prólogo, el relato nos presenta al heraldo de tan fabuloso personaje divino. Se trata de un tal Juan que predicaba el arrepentimiento como preparación para recibir al Mesías liberador. El tono de su mensaje es levemente amenazante, pero inclinado a la liberación o salvación. Es algo así como: “ya llega el gran Señor y hay que prepararse”. Hay tiempo para prepararse y para recibirle sin que nos encuentre en falso.

Juan es consciente de que su mensaje es preparatorio. Su rito de purificación, el bautismo, es con agua (v. 8), pero advierte que el Mesías traerá consigo el Espíritu Santo. La verdad es que desde nuestra perspectiva cristiana asociamos al Espíritu con consuelo, paz, vigor interior, etc., pero para los judíos el Espíritu era tanto el hálito divino que da la vida como el viento purificador que barre todo cuanto se encuentra a su paso. Con todo, es verdad que Marcos ‘dulcifica’ su presentación, ya que el pasaje

¹ Texto del 2º domingo de Adviento (7-12-08).

paralelo de Mateo, por ejemplo, asocia al Espíritu con el fuego y con el desbrozo de la era. Se nota que Marcos escribe para una audiencia menos familiarizada con el Antiguo Testamento. Pero además, le interesa más destacar que Juan es heraldo de una gran figura liberadora, y por esto mismo resume a la mínima expresión el mensaje de tono punitivo del heraldo, realzando más bien la expectativa de liberación que traerá su señor que está poseído por el espíritu divino.

Creo que este formato del mensaje del heraldo podían comprenderlo los gentiles greco-romanos. Apunta a sus tradicionales aretalogías, que presentaban a los grandes héroes de la historia de estos pueblos. Por lo general, eran héroes (o dioses) que habían liberado a sus pueblos de grandes amenazas y por eso son descritos con trazos fabulosos. Yo diría que Marcos suscita en su audiencia una imagen similar a tales héroes.

Las expectativas

Aunque Marcos ha jugado con la aretalogía, lo cierto es que también ha introducido elementos algo sorprendentes y que sin duda crean intriga ante sus oyentes / lectores. Hay en el texto como varias paradojas, que realzo a continuación:

- 1.- “He aquí yo envío a mi mensajero delante de tu faz, que apareje tu camino delante de tí [...] Bautizaba Juan en el desierto ...”

¿En el desierto se va a preparar el camino de tan gran figura? Sin duda, no es lo que harían hoy ni nuestros dirigentes políticos o religiosos, ni tampoco las grandes estrellas del espectáculo.

- 2.- “[...] y predicaba el bautismo del arrepentimiento para remisión de pecados [...]”

¿Basta semejante preparación ‘ritual’ para recibir a tal figura? ¿No habría que hacer algo más radical o quizás recoger oro, plata, etc. para atenderle como se merece?

- 3.- “[...] y Juan andaba vestido de pelos de camello y con un cinto de cuero alrededor de su cintura, y comía langostas (saltamontes) y miel silvestre”.

¿Será tan gran figura el Mesías redentor, cuando su heraldo apenas y malvive comiendo insectos del desierto o de sus frutos como la miel silvestre?

En definitiva, un lector greco-romano bien podría preguntarse: ¿quién será ese al que se le describe con tan altas pretensiones, para que en realidad su heraldo no sea más que un mísero predicador?

Nuestras expectativas

Y por supuesto, lo que se preguntaba ese lector es lo que también nosotros podemos preguntarnos. Yo diría, de hecho, que Marcos quiere que nos hagamos semejante pregunta: ¿cómo puede el Mesías redentor venir precedido de heraldo tan frágil y extraño? ¿No debiera venir precedido de signos y señales fabulosos? ¿Acaso no es cierto que incluso en Israel figuras como Moisés o Elías mostraron un poder terrorífico? En definitiva, nos estamos preguntando: ¿quién es y cómo es realmente el Mesías?

Una primera respuesta nítida vendría del relato siguiente sobre el bautismo de Jesús, pero se sale de nuestra porción para hoy. Por tanto, tenemos que *quedarnos con la pregunta*. Es más, yo diría que debemos *quedarnos en la pregunta*.

Es bueno para los creyentes detenerse en las primeras semanas de Adviento y preguntarnos por quién y cómo es el Mesías. Y entonces dejar aflorar nuestra auténtica percepción o precomprensión del Mesías, es decir, nuestras verdaderas preguntas acerca del Mesías que deseamos:

- ¿Esperamos un héroe portentoso que nos liberara de todo cuanto nos oprime y pasáramos a formar parte de sus huestes vencedoras?
- ¿Esperamos al Mesías para que nos libere de toda enfermedad, preocupación, dolor, muerte ...?
- Ahora que estamos sumidos en una profunda crisis económica, ¿anhelamos que lo resuelva todo para no perder nuestro bienestar?
- ¿Esperamos que tal Mesías acabe de una vez por todas con toda forma de desigualdad?
- ¿Nos asusta que su frágil heraldo anuncie algo distinto mucho menos pretencioso?
- ¿Nos desilusionaría cualquier acción mesiánica que careciera de un efecto transformador inmediato y radical?

Adviento, tiempo de revisión de vida

En fin, Adviento es tiempo de ponerse frente a nuestras expectativas acerca de Cristo, y tomar conciencia de ellas. Si ya tenemos un buen recorrido en la vida de fe, mayor razón todavía para replantearnos todas nuestras expectativas; de este modo podemos abrir un camino de renovación acerca de nuestra esperanza en Cristo. Es tiempo de revisión de vida y ser honestos ante nuestras expectativas iniciales y lo que realmente Cristo nos ha dado. Y ver entonces si no hemos de crecer y enriquecer nuestras primeras expectativas con otras nuevas que jamás hubiéramos pensado.